

¿Avance o estancamiento?

Hace no mucho nos preguntaba un joven: ¿por qué no se difunde más en el mundo intelectual, y especialmente en el filosófico, el núcleo fundamental de las grandes tesis de la Filosofía Cristiana?

Es interesante la pregunta y digna de que se le dedique nuestra reflexión.

Podría ante todo discutirse si es verdad o no, que se difunde poco en el mundo intelectual, y especialmente en el filosófico, el núcleo fundamental de las grandes tesis de la Filosofía Cristiana. Quizá habría quien opinaría que se difunden con rapidez estas grandes tesis de la Filosofía Cristiana; también habría quien probablemente opinaría que su difusión no es muy rápida. Sería éste un tema muy interesante y digno de estudio, porque si bien está patente ante todos el gran progreso que se ha realizado «en lo interior» de la misma Filosofía Cristiana desde un siglo acá, con una inmensa proliferación de revistas, colecciones, publicaciones especializadas, etc., quizá no esté ya tan patente que a esta actividad interior le corresponda otra paralela y proporcionada en «lo exterior»; y esto quizá se ha examinado poco a base de documentación y estadísticas.

Pero podríamos también tomar la hipótesis de que después de esta encuesta se obtuviese el resultado de que los avances de la Filosofía Cristiana en lo exterior son lentos, o en todo caso no proporcionados al enorme esfuerzo de las publicaciones de los que son «filósofos cristianos».

Tomando esta hipótesis como punto de partida, que es el que daba por supuesto la pregunta del joven que nos brinda ocasión a estas reflexiones, cabría entonces examinar el porqué de este lento progreso.

Indudablemente las causas serían múltiples, si se comprobase que en efecto el avance es lento e improporcionado al esfuerzo realizado. No obstante pueden señalarse algunas de las más salientes, que serán desde luego completadas por otras, que se añadirán a ellas, y así sucesivamente en un progreso continuo. Era preciso hacer esta salvedad para que no se atribuyeran a nuestras palabras pretensiones exclusivistas.

Planteada dentro de este marco la pregunta inicial, nos atreveríamos a señalar dos requisitos cuya ausencia sería uno de los determinantes del lamentable fenómeno de estancamiento.

Los dos requisitos a que aludimos son: que los Filósofos Cristianos pongan en *primer plano* precisamente lo que les *une*, dejando en un *segundo plano* lo que los *separa*; el otro requisito es (aunque parezca una perogrullada decirlo) que efectivamente *tengan la intención* de hacer triunfar la Verdad que hay en la Filosofía Cristiana. Pero, ¿se dan realmente estos dos requisitos?

Por lo que se refiere al primero, sería preciso que se conviniese (ya sea mediante un Congreso, ya mediante la acción de alguna revista, ya sea por medio de alguna Asociación Internacional de Filosofía Cristiana, ya de otro modo) en cuál es el núcleo alrededor del cual todos formamos un bloque compacto; y que damos a este núcleo fundamental en todo momento, el rango de fundamental. Pero ¿procedemos así?

Si alguien imagina que la suerte de la Filosofía Cristiana está precisamente vinculada a la suerte de interpretaciones tan discutibles como son las que a veces se dan a las sempiternas cuestiones de «la ilimitación física del acto», del «esse», de «la distinción real positiva esencia-existencia», del «conocimiento directo o indirecto del singular», de la «individuación», etc., quizá lo que con esto consiga no sea elevar estas tesis probables al rango de ciertas, sino rebajar las ciertas al rango de probables.

En cuanto al segundo requisito, que los «filósofos cristianos» vayamos efectivamente a presentar, a profundizar, a difundir el gran núcleo central y cierto de nuestra Filosofía, sería bien curioso e interesante hacer una estadística: ¿qué tanto por ciento de artículos, de monografías, de estudios, tienen esta finalidad manifiesta o latente? Parece que consideramos un gran triunfo cuando podemos descubrir en cualquier filósofo de la tradición postkantiana, un atisbo lejano, que interpretado con suma benignidad (a veces falsa en cuanto exegesis) se acerca a una tesis de nuestra Filosofía (no pocas veces violentada, para que le resulte semejante). La consecuencia será que si al idealista, o al existencialista, o al neo-positivista, o al fenomenólogo, o al historicista, etc., le decimos sin cesar que está muy rebién lo que ha dicho, y que le veneramos, no sentirá ningún afán de corregir o mejorar una posición ante la cual no le llueven críticas serenas, científicamente bien fundadas y presentadas con firmeza, sino sólo alabanzas y admiraciones. Se acercará a nosotros «el hombre», no «el filósofo»; no pocas veces sucederá que ante nuestra posición panegirista, se confirmarán en sus posiciones.

¿Habría triunfado el movimiento cartesiano, o el leibniziano, o el kantiano, o el husserliano, o el diltheyano, si hubieran hecho así frente a aquellas posiciones que habían de combatir precisamente para afianzar las propias?

Quizá no esté fuera de propósito la sugerencia de que debemos reflexionar sobre este grave problema y su solución; no ya el problema de si existe o no existe una Filosofía Cristiana, sino de cómo proceder para que su verdad avance.